

julio ramón ribeyro, escritor íntimo

Por C. E. Zavaleta

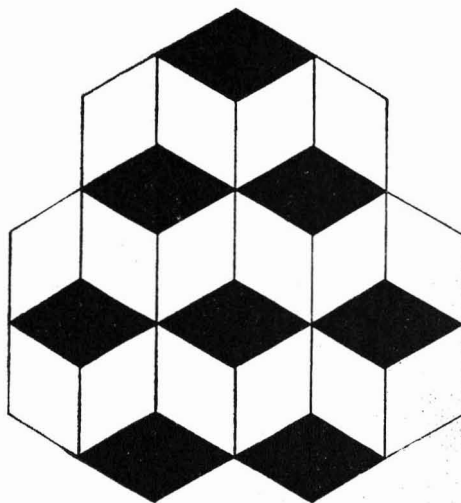
A los cuatro años de publicada en Lima *Los geniecillos dominicales*, con que ganara el Premio del diario limeño *Ex-preso*, acaba de aparecer en México la reedición de esta última novela del excelente pero aún poco conocido escritor peruano Julio Ramón Ribeyro.

La anterior novela suya de 1960 (ha escrito dos novelas y cuatro volúmenes de cuentos), *Crónica de San Gabriel*, había elegido la técnica del narrador autobiográfico, el orden temporal que va del presente al futuro y el minucioso añadir de anécdotas, una sobre otra, además de dibujar en cada capítulo diversos estados de ánimo del protagonista, en una espiral necesaria para comprender los hechos y el influjo de éstos sobre la psicología de aquél. Ese viaje a la sierra de un joven limeño, pensativo y sensible, permitió que Ribeyro nos describiera el conformismo y las timideces del personaje, y pintara en detalle sus reacciones más íntimas, menos proclives a la sensualidad que al intelectualismo. Buen lector de Stendhal, Flaubert y Joyce, para Ribeyro era fundamental el examen de la conducta individual donde se reflejan muy poco las variadas influencias de la sociedad. Lo importante era el ojo tímido y palpitante que observa el curso de las cosas y las sucesivas ligaduras (por lo general son sufrimientos) que atan al hombre con el monstruo colectivo. Eso sí, la abulia del protagonista dominaba el conjunto y con ella Ribeyro parecía postular la idea común, anterior y posterior a Hamlet, de que en los intelectuales faltan la decisión y los actos.

En *Los geniecillos dominicales* el mirador cambia y se aparta del narrador autobiográfico. El novelista describe ahora el grupo formado por Ludo Totem (nombre grotesco y risible) y sus jóvenes amigos limeños, que en el fondo viven de ilusiones, pero que en la práctica desdennan a las generaciones mayores, urden insultos contra ellas y contra el medio obsoleto, y entran en el círculo vicioso de una abulia que es la misma de la *Crónica de San Gabriel*.

Este grupo de geniecillos sólo esporádicos ("domingueros" o "de chiripa", como se dice en el Perú, y en el resto de la semana muy "tontillos", como diría el poeta César Vallejo) constituye para Ribeyro algo así como una réplica a la galería de semblanzas y retratos que apareció casi un siglo atrás, en un folleto firmado por el viejo e inolvida-

ble Ricardo Palma, guardando las distancias y temperamentos de ambos autores: la "bohemia de mi tiempo" llamó Palma a su banda vocinglera de amigos entre los cuales había poetas, escritores y simples aficionados al buen vivir o las malas artes. ¿Quiénes integran la "bohemia" de Ribeyro? Estudiantes universitarios, otros jóvenes que voluntariamente han renunciado a la universidad, y frente a ellos, la fauna de los bares, a ratos ingenua y a ratos delincuente, las casas de cita, y las calles, siempre las calles, donde estos ociosos y sensitivos hijos de



familia se sienten huérfanos. Algunos de ellos, como Ludo, son futuros novelistas; otros, futuros poetas, ensayistas o meros fabricantes de frases ingeniosas y procaces; y también hay especímenes que son unos completos fracasos vitales o artísticos. Todo el grupo se reúne en el bar "Palermo", en la esquina de la Colmena y el Parque Universitario de Lima, o asiste aburrido a las lecturas de cuentos en el "Ateneo", nombre disfrazado del antiguo local de "Ínsula" de Miraflores, en la avenida Alfredo Benavides. El sustento espiritual de la falange de jóvenes no es la Universidad de San Marcos, famosa pero apagada y mortecina en su renombre, ni sus lecturas atrasadas, ni el pisco barato que beben en cuanto bar encuentren, sino el humor negro y la dichosa melancolía que los vuelve precozmente viejos.

Ludo Totem, además de aquel medio, frecuenta el de sus familiares, personas de abolengo venidas a menos, y pasea

por Miraflores, barrio que ama profundamente y cuya combinación de alamedas, quietud y vecindad al mar le brinda un cuadro decadentista y romántico, en contraste con el Miraflores violento, duro y obscuro de las páginas de Mario Vargas Llosa.

El único conflicto en esta novela mayormente descriptiva sucede cuando el pacífico Ludo choca con la brutalidad del "Loco Camioneta" —un rufián— por ponerse a perseguir a una mujerzuela. Previamente había cotejado su personalidad con la de su amigo Segismundo, quien una vez visita San Marcos sólo para burlarse con ingenio e incipiente locura de los estudiantes y pretende desnudarse en el patio de Letras. Así, abonado el terreno para que los lectores nos digamos que en Lima y Miraflores no hay salvación para los sueños sentimentales y artísticos de Ludo, éste mata impunemente al "Loco Camioneta", y vuelve, sin arrepentimiento alguno, con un cinismo pueril e inconsciente, a la rutina habitual.

He aquí una novela de cuadros grotescos y agrídules como le gustaría a Sherwood Anderson. Algunos lectores peruanos acaso celebren el hecho de que los personajes sean copia fiel de personas reales, conocidas, que ahora mismo están en "Palermo" o en algún bar de Surquillo, o lo que es más penoso, en un manicomio auténtico de Lima.

Dicho aspecto es menos importante que los medios expresivos empleados por Ribeyro. La incorporación del diálogo en la narración, las mezclas de descripciones con evocaciones, la acumulación de detalles descriptivos, el empleo de elementos irracionales y telegráficos en una prosa discursiva, muestran que Ribeyro se decide por experimentos nuevos en cada uno de sus libros. En los cuentos de *Tres historias sublevantes* (1960) había mucho de clisé social, inaparente en él afecto a las sensaciones delicadas y tortuosas y al detallismo psicológico. En los otros relatos de *Las botellas y los hombres* quizá faltó la rotundidad de los temas, el vaivén del tiempo y el espacio más o menos puros y tejiendo de veras la vida de los hombres, costumbre maestra que habíamos aplaudido en *Los gallinazos sin plumas* (1955), el gran libro de Ribeyro. Aquí en *Los geniecillos dominicales* hay excelentes caracterizaciones, como las de Segismundo y Pirulo, y hay siempre dos planos narrativos, el de las cosas aparentes y rígidas, y otro en que brota la comedia risible, llena de significados psicológicos y sociales, donde hasta los fantoches fingen ser intelectuales. Y esta deliciosa comedia acaba bruscamente en el asesinato efectista y truculento del "Loco Camioneta".

Valioso escritor como es en cada paso que da, Ribeyro busca y halla nuevas facetas del mundo de la clase media peruana, cuya pobreza material se compensa, para el arte, por su riqueza de sentimientos contradictorios y su casi infinita variedad de indecisiones.